



LECTURAS

Lectura de la profecía de Sofonías 2, 3; 3, 12-13

Busquen al Señor, ustedes, todos los humildes de la tierra, los que ponen en práctica sus decretos. Busquen la justicia, busquen la humildad, tal vez así estarán protegidos en el Día de la ira del Señor. Yo dejaré en medio de ti a un pueblo pobre y humilde, que se refugiará en el nombre del Señor. El resto de Israel no cometerá injusticias ni hablará falsamente; y no se encontrarán en su boca palabras engañosas. Ellos pacarán y descansarán sin que nadie los perturbe.

Palabra de Dios.

SALMO Sal 145, 6c-7. 8abc y 9a. 9b y 8d-10 (R.: Mt 5, 3)

R. Felices los que tienen alma de pobres, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos.

El Señor mantiene su fidelidad para siempre,
hace justicia a los oprimidos
y da pan a los hambrientos.
El Señor libera a los cautivos. **R.**

El Señor abre los ojos de los ciegos
y endereza a los que están encorvados.
El Señor ama a los justos.
El Señor protege a los extranjeros. **R.**

Sustenta al huérfano y a la viuda;
y entorpece el camino de los malvados.
El Señor reina eternamente,
reina tu Dios, Sión,
a lo largo de las generaciones. **R.**

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Corinto 1, 26-31

Hermanos, tengan en cuenta quiénes son los que han sido llamados: no hay entre ustedes muchos sabios, hablando humanamente, ni son muchos los poderosos ni los nobles. Al contrario, Dios eligió lo que el mundo tiene por necio, para confundir a los sabios; lo que el mundo tiene por débil, para confundir a los fuertes; lo que es vil y despreciable y lo que no vale nada, para aniquilar a lo que vale. Así, nadie podrá gloriarse delante de Dios. Por él, ustedes están unidos a Cristo Jesús, que por disposición de Dios, se convirtió para nosotros en sabiduría y justicia, en santificación y redención, a fin de que, como está escrito: El que se gloria, que se gloríe en el Señor.

Palabra de Dios.

X Lectura del santo Evangelio según San Mateo 5, 1-12a

Al ver a la multitud, Jesús subió a la montaña, se sentó, y sus discípulos se acercaron a él. Entonces tomó la palabra y comenzó a enseñarles, diciendo:
«Felices los que tienen alma de pobres, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos.
Felices los pacientes, porque recibirán la tierra en herencia.
Felices los afligidos, porque serán consolados.
Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.
Felices los misericordiosos, porque obtendrán misericordia.
Felices los que tienen el corazón puro, porque verán a Dios.
Felices los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios.
Felices los que son perseguidos por practicar la justicia, porque a ellos les pertenece el Reino de los



Domingo IV del T.O: El programa de las Bienaventuranzas.

Cielos.

Felices ustedes, cuando sean insultados y perseguidos, y cuando se los calumnie en toda forma a causa de mí.

Alégrese y regocíjense entonces, porque ustedes tendrán una gran recompensa en el cielo.»

Palabra del Señor.



Domingo IV del T.O: El programa de las Bienaventuranzas.

HOMILIA

Reflexión

En este cuarto domingo del tiempo ordinario la palabra de Dios nos trae la gran propuesta de Cristo: el programa de las bienaventuranzas.

Como un nuevo Moisés, Jesús expone desde lo alto de un monte la nueva ley de su Reino. Es el "Sermón de la montaña", que comienza con las Bienaventuranzas. Todas ellas se resumen en la primera: la de los pobres de espíritu, aquellos que lo dejan todo para seguir e imitar a Cristo.

Ya en el Antiguo Testamento, la pobreza voluntaria como signo de humildad, sinceridad y mansedumbre era la característica fundamental del pueblo de Israel, de ese pueblo que debía recibir en su seno al Mesías.

En la primera lectura de la misa del hoy, el profeta Sofonías, profetiza en el siglo VII antes de Cristo, en un momento donde se habían dado grandes diferencias entre ricos y pobres en Israel. La pobreza se había incrementado notablemente, y el profeta, denuncia esta situación y anuncia la protección de Dios sobre los pobres y humildes

Y en el Evangelio de hoy se nos presentan las Bienaventuranzas. ¿Cuántas veces hemos escuchado a mucha gente, y tal vez nosotros mismos decir que lo importante "es tener salud?"

Sin embargo, existe mucha gente sana que se siente tremendamente desdichada y por otro lado, hay muchos enfermos y a veces gravemente enfermos, que se sienten felices.

Un ciego decía, que desde que estaba ciego, veía las cosas mucho mejor.

Muchas veces, los que tenemos buena vista, somos ciegos en muchas cosas.

En el Evangelio, encontramos la visión de Dios sobre el hombre y sobre el mundo. Y esta mirada de Dios, en muchos casos, no coincide con la nuestra. En este Evangelio, Jesús parece poner todo patas arriba: llama a los que lloran y a los que son perseguidos e insultados: felices

¿Será que somos nosotros los que estamos ciegos y pusimos todo patas arriba, o será Jesús el que lo hizo?

El Señor hoy, nos quiere abrir los ojos, y nos enseña el verdadero camino de la felicidad.

El Sermón de la Montaña, es una especie de catecismo elemental de vida cristiana, y empieza justamente con un preámbulo, que son las Bienaventuranzas.

Así como Moisés al formar el pueblo de Dios subió a una montaña, lugar tradicional de la manifestación de Dios, así mismo lo hizo Jesús. Sentado, en actitud de enseñar, así como Moisés, Jesús proclama solemnemente la Ley, pero en una nueva formulación.

Jesús es el nuevo y el verdadero Moisés, que exige una "Justicia superior a la de la Antigua Alianza para entrar en el Reino de los Cielos. La Voluntad de Dios que se manifiesta en este célebre Sermón, vale para todos.

El evangelio menciona a una multitud, judíos y paganos, venidos de todas partes.

Las Bienaventuranzas, son a la vez promesa y exigencia.

Jesús declara dichosos a los que normalmente son considerados desgraciados.

Vamos a pedir hoy al Señor que dejemos los criterios de felicidad del mundo, y busquemos aquellos que nos enseña el Señor, para así encontrar la verdadera bienaventuranza, en esta vida y eternamente en el cielo.



Domingo IV del T.O: El programa de las Bienaventuranzas.

*Como el niño que no sabe dormirse
sin cogerse a la mano de su madre,
así mi corazón viene a ponerse
sobre tus manos al caer la tarde.*

*Como el niño
que sabe que alguien vela
su sueño de inocencia y esperanza,
así descansará mi alma segura,
sabiendo que eres tú
quien nos aguarda.*

*Tú endulzarás mi última amargura,
tú aliviarás el último cansancio,
tu cuidarás los sueños de la noche,
tu borrarás las huellas de mi llanto.*

*Tú nos darás mañana nuevamente
la antorcha de la luz y la alegría,
y, por las horas que te traigo muertas,
tú me darás una mañana viva. Amén.*



RECURSOS

Nexo entre las lecturas

El tema de las bienaventuranzas concentra la atención en este cuarto domingo ordinario. En ellas Jesús, como nuevo legislador, nuevo Moisés, nos ofrece el camino de la salvación y del gozo en medio de un mundo herido por el dolor y el pecado de los hombres. Un camino inesperado y sorprendente que rompe los esquemas de la persona humana en la búsqueda de la felicidad y de la paz. El hombre pobre, el que sufre, el que llora, el que padece persecución por la justicia es proclamado bienaventurado. Mensaje arduo y no fácil de acoger espontáneamente. Se requiere la meditación y contemplación de la Palabra de Dios para comprender el mensaje de Jesús. El profeta Sofonías, profeta que canta "el día del Señor" con tonos dramáticos y apocalípticos, nos ofrece en la primera lectura una invitación apremiante: "Buscad al Señor, tomad conciencia de vuestra debilidad y vuestra fragilidad, de vuestra pobreza y buscad al Señor, cumplid sus mandatos". San Pablo también aborda el tema de la propia indigencia, pero bajo otro punto de vista: "Considerad vuestra llamada, comprenderéis que es sólo gracia de Dios y que vuestra mayor riqueza es el amor de Cristo". Así pues, este domingo, nos pone de frente a una meditación muy profunda: descubrir en la propia fragilidad y debilidad humana, así como en los avatares, muchas veces tristes, de la vida el amor de Cristo que transforma toda esa realidad en camino de salvación, de felicidad y de paz. El cristiano que vive fielmente su vocación será siempre bienaventurado.

Mensaje doctrinal

1. Jesús el nuevo Moisés. Para Mateo es importante subrayar que Jesús es el nuevo Moisés, que proclama la nueva ley, la nueva "noticia" del Reino de los cielos. Jesús sube a la montaña, toma asiento e inicia su predicación. Todo ello nos evoca los eventos del Sinaí. Moisés en el Sinaí sube a la montaña para recibir las tablas de la ley y presentarlas después al pueblo. Sin embargo, hay diferencias importantes entre los dos eventos salvíficos. Moisés es invitado a subir a la montaña "hacia Dios" (Ex 19,3; 24, 1.12). Allá recibirá de parte de Dios el decálogo que será la ley del pueblo de Israel. En cambio Jesús, es El que "ha venido del cielo" (Cfr. Jn 3, 13). En efecto nadie sube al cielo, sino el que bajó del cielo. Moisés es instruido sobre la ley, recibe de parte de Dios las tablas y las leyes; en cambio es el mismo Jesús quien "toma asiento" y se pone a enseñar a sus discípulos con plena autoridad. Él es el maestro, Él es el Hijo unigénito del Padre, que estaba junto al Padre. Anuncia un mensaje, unas bienaventuranzas, un camino que es Él mismo. Porque Él mismo es la salvación. El que lo ha visto a Él ha visto al Padre. Él es la nueva Alianza. La ley había sido dada por Moisés, pero la gracia y la verdad vienen por Jesucristo" (Jn 1, 16). De este modo comprendemos que las bienaventuranzas son específicamente cristológicas. Ellas nos revelan de algún modo el corazón de Jesús, su misión, su entrega al Padre y a los hombres. Ellas no sólo hablan de un contenido de doctrina, sino que ofrecen una síntesis de toda la vida y misión del Señor.

2. La transformación interior. Con frecuencia el hombre sufre la tentación del ocultamiento de Dios. El hombre quisiera que Dios se manifestara con todo su poder de forma que no hubiera lugar a la duda, a la incertidumbre. Los transeúntes y fariseos que contemplaban el dramático espectáculo de la cruz increpaban altaneramente a Jesús: "Si eres Hijo de Dios baja de esa cruz... que baje de la cruz y creemos en Él" (Cfr. Mt 27,40): También nosotros le decimos tantas veces a Jesús: si verdaderamente eres el Hijo de Dios, manifiéstate en todo tu poder, en toda tu grandeza, acaba con la miseria humana, vence al enemigo, supera el dolor, destierra toda desgracia humana: muéstrate como Dios. Quisiéramos que la irrupción de lo divino en lo humano fuese de tal modo vigorosa y contundente que venciera toda resistencia, todo pecado, todo orgullo y soberbia. Que no dejara lugar al ateísmo y al mal moral. Sin embargo, Dios no actúa así. Dios muestra su grandeza en la pequeñez y en la fragilidad. Dios se revela escondiéndose. Dios respeta siempre al hombre creado a su imagen y semejanza y lo atrae siempre por los caminos del amor y de la humildad respetando su libertad. No se impone desde el exterior avasallando y venciendo con violencia las resistencias humanas, sino que elige un camino mucho más largo y penoso que es la conversión interior del hombre. Dios es de tal modo fiel a su amor por el hombre (Cfr. Salmo 145) que elige aquello que humanamente parece imposible: la conversión interior, la transformación interior del pecador, de aquel que voluntariamente ha cortado la relación de amor con su Creador y Redentor. Toda la liturgia de este día se refiere a la transformación interior del hombre. El hombre ha de buscar a Dios, ha de hacerse pobre en el corazón, ha de caminar por las sendas de la humildad, del llanto, del amor a la verdad, de la conversión del corazón. Así entendida, la vida humana no es sino la historia de un Dios que por caminos misteriosos y sorprendentes busca y actúa la conversión interior del hombre; no es sino el continuo actuar de la Providencia que, a pesar del pecado y de las innumerables miserias del hombre, no deja de actuar sobre él para conducirlo a la casa del Padre. Sólo quien deliberadamente se opone al amor salvífico caerá en el caos y la desesperación.



Sugerencias pastorales

1. Volver a las verdades fundamentales. A lo largo de la vida el hombre debe encontrar un centro interior que oriente y dé sentido a su existir humano. Debe descubrir ese núcleo de verdades fundamentales que lo sostienen y le permiten permanecer en el bien moral cuando muchas esperanzas superficiales van desapareciendo. Esto se aplica no sólo a las personas de edad, en quienes el tiempo ha podido dejar algo de desilusión, sino también a muchos jóvenes "marchitos en la primavera misma de la vida" que han perdido la ilusión de vivir. Todos debemos aspirar a estas "verdades fundamentales" que dan esperanza a nuestro caminar. Se trata de encontrarse nuevamente con la razón de la propia existencia, con el amor de Dios, el sentido de la propia dignidad como persona e Hijo de Dios, y de descubrir que yo tengo una misión en la vida y que mi paso por la tierra es temporal y muy breve. Las bienaventuranzas nos invitan precisamente a revisar nuestra jerarquía de valores. Nos ayudan a comprender, a la luz de la eternidad, la relatividad de todo lo creado, la relatividad de los bienes materiales, la relatividad e incongruencia de la búsqueda exclusiva del placer y de la comodidad, la relatividad de los sufrimientos de esta vida. "Buscar nuevamente al Señor" nos propone el profeta Sofonías. Buscarlo en nuestro acontecer personal, buscarlo en mis sufrimientos, en mis penas; buscarlo en mis empresas, en mi familia, en la vida de sociedad y en la historia del mundo. Buscar al Señor significará, ciertamente, orar y hablar con Dios, pero no sólo eso. Buscar al Señor significará conformar mi conducta con sus mandatos, con sus leyes, ¡porque Él es el Señor! ¡Buscad al Señor y revivirá vuestro corazón!

2. Considerad vuestra llamada. La exhortación de San Pablo es más que nunca oportuna. Cada cristiano, fiel seguidor de Jesucristo, debe considerar su llamada. Es decir, debe considerar su vocación, aquella llamada que Dios le ha hecho a participar en la obra del mundo y en la obra de la redención. Si bien esta exhortación se dirige a todos, encuentra una especial aplicación en aquellas personas que han recibido la llamada a la vida consagrada y sacerdotal. "Considera, hombre de Dios, tu llamada", date cuenta de que has sido asociado al amor Redentor de Cristo de manera estrechísima. Eres posesión de Dios. Ya no eres siervo, eres amigo de Dios. Te debes al anuncio del evangelio, eres religioso o religiosa por Dios y para Dios. Eres sacerdote, Alter Christus. Se trata de experimentar la inmensa alegría de ser "posesión de Dios". Se trata de reavivar el amor del primer día. Se trata de descubrir que todo en nuestra vida es gracia, don de Dios, regalo de Dios... Gratis lo hemos recibido, gratis lo debemos dar a los demás. ¡Qué hermoso volver a considerar la llamada y tener ante nuestros ojos la dignidad con la que hemos sido revestidos! Pertenece a Dios a pesar de nuestras fragilidades y miserias como dice el libro de la Sabiduría: Aunque pequemos, tuyos somos, porque conocemos tu poder; pero no pecaremos, porque sabemos que somos contados por tuyos. (Sab 15,2). Hemos sido puestos como pasarela entre Dios y los hombres, es decir, como un puente pequeño y frágil pero que conduce a Dios y anticipa el Reino de los cielos. Hemos sido constituidos ministros de la nueva Alianza, consagramos el cuerpo de Cristo, perdonamos los pecados en persona de Cristo. Somos personas consagradas que hacemos presente el Reino de Cristo.

Considera tu llamada y no permitas que el pecado, la mentalidad del mundo, la fuerza de las pasiones, el cansancio en la práctica de la virtud te hagan abandonar tus altos compromisos. ¡Sé fiel a tu llamada! ¡Sé fiel a la palabra entregada, porque Dios es fiel y Dios está contigo hasta la consumación de los siglos! No desesperes por la salvación de las almas. Dicha salvación pasa por la cruz que hoy llevas en medio de tan grandes luchas y trabajos. Trabaja por el evangelio con las fuerzas que Dios te dé.